

ALICIA GARCÍA ■ CÉSAR ALCALÁ

PERFILES PSIQUIÁTRICOS DE MUJERES ASESINAS

SEKOTIA

©Alicia García, 2022
©César Alcalá, 2022
© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2022

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: MANUEL ORTIZ DE GALISTEO
COLECCIÓN MI EXPEDIENTE FAVORITO

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-11311-16-8
Depósito legal: CO-939-2022

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Índice

<i>Introducción</i>	9
La amante de la sangre	13
Amor materno enfermizo	31
Crímenes pasionales	61
El ancestral infanticidio	77
Mujeres planificadoras	93
Münchhausen por poderes	109
Viudas negras.....	125
Guardianas nazis.....	141
Enriqueta Martí, la Vampira de Barcelona.....	157
Parejas homicidas.....	185

Introducción

Después de terminar el libro que dedicamos a los *Perfiles Psiquiátricos de Hombres Asesinos*, la continuación era llevar a cabo el de las mujeres. Hay que tener en cuenta que, a lo largo de los años se han escrito muchos libros dedicados a los hombres y pocos se han centrado en las mujeres. Y no es porque haya pocos ejemplos. El motivo lo debemos buscar en condicionantes que poco tienen que ver con el interés de los personajes, aunque tienen mucho interés, sino en aspectos de conocimiento y de popularidad.

Para Peter Pearson las mujeres son capaces de asesinar —tanto personas conocidas como desconocidas— siendo también asesinas en serie. Las mujeres son responsables de la mayoría de homicidios de lactantes y niños, la mayor parte de los malos tratos físicos a niños y la cuarta parte de los abusos infantiles.

Para el FBI la elaboración de perfiles criminales es una técnica de investigación judicial que consiste en inferir aspectos psicosociales del perpetrador en base a un análisis psicológico, criminalístico y forense de sus crímenes, con el fin de identificar un tipo de persona para orientar la investigación y la captura.

Según afirma Steven A. Egger el asesino en serie es una persona que mata reiteradamente. Logra cometer más de tres muertes; actúa individualmente; asesina de uno en uno; no

tiene vínculos con la víctima; opera en diversos momentos y pasa por pausas e intervalos de enfriamiento. Para Michael D. Kelleher y C. L. Kelleher, las asesinas en serie son más exitosas, cuidadosas, precisas, metódicas y tranquilas al cometer sus crímenes. Estos autores consideran que la tipología de organizado-desorganizado construida por Robert K. Ressler, A. W. Burgess y J. E. Douglas es inadecuada. Aportan una tipología diferente, basada en si la mujer actúa sola o acompañada. Por eso aportan una categoría de nueve puntos:

—Viuda negra: asesina múltiple de esposos, compañeros o miembros de la familia.

—Asesina en equipo o grupo: asesina o participa en el asesinato de otros en conjunción de al menos otra persona.

—Ángel de la muerte: asesina personas que están bajo su cuidado o que reciben atención médica.

—Problema de locura: asesina en aparente aleatoriedad y después es juzgada por demencia.

—Predadora sexual: asesina en actos sexuales.

—Homicidio inexplicado: asesina por razones que son totalmente inexplicables o por motivos que no son claros.

—Venganza: asesina por odio o celos.

—Crímenes sin resolver: asesinatos sin resolver que pueden ser atribuidos a una mujer.

—Ganancia o crimen: asesina por un beneficio o en el curso de otro crimen o delito.

Estos autores definen cada una de las tipologías así:

—Las mujeres asesinas en serie que actúan solas son a menudo maduras, cuidadosas, deliberadas, socialmente adaptadas y altamente organizadas. Ellas usualmente atacan sus víctimas en sus casas o lugares de trabajo. Tienden a utilizar un arma específica como veneno, inyección letal o sofocación.

—Las que actúan en compañía tienden a ser más jóvenes, agresivas, viciosas en sus ataques, algunas veces desorganizadas y usualmente incapaces de tener un plan cuidadoso. Ellas

usualmente atacan a sus víctimas en diversas localizaciones, tienden a usar armas de fuego, blancas o tortura.

Nuestro viaje por los *Perfiles Psiquiátricos de Mujeres Asesinas* se inicia con la primera que podemos calificar de asesina en serie y que formaría parte de varias de las categorías estructuradas por Kelleher & Kelleher. Nos referimos a Gabriela Erzábet Báthory, conocida como la Condesa Sangrienta, por su amor a la sangre.

En «Amor materno enfermizo» desgranamos la psicología de dos madres con un oscuro perfil psicológico. Hablamos de Margarita Ruiz de Lihory y Aurora Rodríguez Carballeira.

«Crimen pasional» desgrana los crímenes de la guardia urbano Rosa Peral Viñuela y de María Jesús Moreno Canto, conocida popularmente como la Viuda negra de Patraix.

Susan Leigh Vaughan es la protagonista del «Ancestral infanticidio», en el cual describimos los motivos que la llevaron a asesinar a sus dos hijos pequeños.

El nazismo, los campos de concentración y los crímenes que ahí se cometieron muchas veces se han explicado desde el punto de vista de los hombres. Ahora bien, no podemos olvidar que hubo «Guardianas nazis» como Grese, Mandel, Binz, Borman, Köhler y Orlowki que sembraron el terror en los campos de concentración nazis.

Si hablamos de «Mujeres planificadoras», debemos hablar de María de los Ángeles Molina, conocida como Angie, cuya metodología seguida nos hiela la sangre.

El síndrome de Münchhausen queda proyectado en dos mujeres, Jeanne Moulinet y Marybeth Roe, que representan aquella necesidad de recibir atención médica para asumir un rol de enferma y, a su vez, la simpatía de los demás.

Muchas son las «Viudas negras» que ha habido a lo largo de la historia. En este capítulo hablamos de Francisca Ballesteros, Le Thank Van, Carolines Grills, Christa Lehmann, Dionny Damizu Sejas y Brynhilde Paulsetter Storseth, cuyos crímenes abarcan la manera de actuar de estas mujeres convertidas en viudas.

Al hablar de Enriqueta Martí Ripollés entramos en un personaje conflictivo. A lo largo del capítulo desgranamos la vida y los hechos que, presuntamente, hizo esta mujer a lo largo de su vida. Ahora bien, ¿es verdad todo lo que explicamos? ¿Fue una cabeza de turco de la sociedad barcelonesa de principios de siglo? ¿Su vida es real o forma parte de un *fake*? Todas estas preguntas están resueltas en un capítulo que mezcla intriga y una realidad que a nadie dejará indiferente.

Finalmente hablamos de «Parejas homicidas» con Patricia Martínez Bernal, Ana María Ruíz Villeda, Natalia Baksheeva y Suzan Thornell. Ellas actuaron como leonas, que asesinaron por razones de género. Deseaban satisfacer a sus maridos y les entregaron víctimas para su placer y disfrute.

En este nuevo proyecto, a cuatro manos, se pone en negro sobre blanco la vida de estas asesinas en serie, describiendo los crímenes que cometieron y, a continuación, un análisis psicológico del cómo y porqué actuaron de esta manera. Lo cierto es que no siempre es fácil conocer los motivos que llevan a una persona a cruzar esa fina línea entre el bien y el mal. Ahora bien, discernirlo ha sido nuestra misión.

El trabajo realizado tiene como finalidad no solo dar a conocer lo que hicieron, cómo lo llevaron a cabo y por qué, sino que ha de servir como base para posteriores estudios, pues el análisis psicológico que se ha realizado a cada una de ellas marca una diferencia con respecto a otras obras publicadas. Hemos complementado historia y psicología, lo cual, refiriéndonos a mujeres asesinas, es una novedad. Esperamos que disfruten con el libro que tienen entre las manos.

Alicia García / César Alcalá

La amante de la sangre

La atracción de la sangre viene motivada por el instinto de poseer la esencia vital de otros seres vivos. El mito del vampiro no es nuevo. En Egipto se llamaba Srunx y Apop; en Rumanía era strogoi; los fenicios le llamaban Astarté; los griegos y romanos tenían las lamias; en Rusia se conoce como vieszczy; en Alemania tenemos el Neum Toter; en Malasia el langsuir, y en España las guaxas y los sacauntos. Existe lo que se conoce como vampirismo clínico o síndrome de Renfield, ¿en qué consiste? En tener una obsesión por la sangre, la cual le provoca una excitación sexual. Históricamente podemos hablar de Vlad Tepes o Gilles de Rais. Ambos empalaron y asesinaron a centenares de personas. El primero fue mitificado por Bram Stoker al convertirlo en el conde Drácula. En realidad, ambos eran personajes crueles y violentos. Que disfrutaban asesinando. Caso aparte es la condesa Báthory y los otros amantes de la sangre de los que hablaremos en este capítulo.

Gabriela Erzábet Báthory de Ecsed fue la segunda hija del matrimonio formado por el barón György Báthory de Ecsed y Ana Báthory de Somlyó. Ambos pertenecían a una de las familias más nobles y ricas de Transilvania. Su tío materno István Báthory de Somlyó fue príncipe de Transilvania (1571-1576) y rey de Polonia (1576-1586). Nació en Nyirbátor el 7 de agosto de 1560 y falleció en el castillo de Cachtice el 21 de agosto de 1614. Sobre ella se ha escrito mucho. Algunos afirmando que

era una mujer obsesionada por la belleza y que cometió asesinatos atroces. Otros argumentando que sus enemigos divulgaron una leyenda negra alrededor de su figura. Antes de adentrarnos en todo esto conozcamos quién fue la condesa Erzébet Báthory, también conocida como la Condesa Sangrienta.

En 1571 fue prometida al conde Ferec Nádasdy y Fogarasföld, que tenía diez años más que ella. Se trasladó a vivir al castillo de la familia Nádasdy. En 1574, a los trece años, quedó embarazada de un sirviente. A este lo castraron y lo lanzaron a los perros. A ella la ocultaron en otro casillo y nunca conoció a su hijo.

Mujer culta, superaba a su marido en conocimientos. Hablaba perfectamente húngaro, latín y alemán. La mayoría de los nobles de aquella época eran analfabetos. El 8 de mayo de 1575, con solo quince años, se casó con Ferec Nádasdy y se marcharon a vivir al castillo de Cachtice. No convivieron mucho tiempo como consecuencia de la guerra. Recordemos que la hegemonía europea estaba en manos de los Habsburgo, familia reinante del Sacro Imperio Romano Germánico. Hungría estaba fuera de este imperio, no así del poder de los Habsburgo. Se producían continuas luchas para reunificar Hungría, al ser Transilvania un principado independiente. El matrimonio Nádasdy-Báthory tuvo su primera hija, Anna, en 1586. Luego vinieron Orsolya, Katalin y Pál.

En 1604 murió de una enfermedad misteriosa y repentina Ferec Nádasdy, conocido como el Caballero Negro —pues empalaba a sus sirvientes y enemigos— en medio de una batalla. La condesa quedó viuda con cuarenta y cuatro años.

Como gran señora feudal tenía muchos enemigos. Se le acusó de practicar brujería. La investigaron. No se presentó a juicio. Presentaron pruebas que inculpaban a sus criados, pero ponían en duda que ella hubiera sido causante de aquellos crímenes. Los culpables fueron decapitados y sus cuerpos quemados. Ella fue emparedada de por vida en su castillo. ¿Qué

leyenda negra protagonizó? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué fue condenada? ¿Las acusaciones eran reales o inventadas?

Durante el juicio algunos testigos explicaron que en sus castillos había instalado cámaras de tortura protegidas del exterior. Esto lo hacía para que los gritos no se escucharan. Se servía de zonas apartadas: torres, sótanos, cámaras secretas... Sus criados —colaboradores necesarios en toda esta historia— le suministraban muchachas jóvenes de entre doce a veintiséis años. Cuando el abastecimiento escaseaba o bien se trasladaba a otro castillo o mandaba a sus criados a lugares alejados.

Le acusaron de haber asesinado, en poco más de cinco años, a 650 jóvenes. Investigaciones posteriores reducen esta cifra a entre 100 y 300 víctimas. Teniendo en cuenta su categoría social no participaba en los asesinatos. Sus criados lo hacían por ella. Gritaba las instrucciones desde un asiento elevado colocado estratégicamente. Algunas veces intervenía directamente, pero esto era anecdótico. No todas las víctimas de la condesa fallecían. Hubo supervivientes que contaron su macabra experiencia.

¿Por qué actuaba así? La condesa creía que con la sangre de sus víctimas podía conservar su piel fresca y rejuvenecer su cuerpo. Se contaba que durante estas orgías sangrientas solía experimentar orgasmos hasta quedar inconsciente. La sangre está asociada a la vida. El médico y químico alemán Andreas Libavius afirmó en 1615 que «la sangre caliente y espirituosa del joven será para el viejo como fuente de vida». La sangre vieja debe ser sustituida o bien por sangre nueva o por un elixir como el que usó Medea para rejuvenecer a Esón. Solo así se conservará la juventud.

¿Cómo llegó a esta experiencia? Parece ser que una sirvienta la introdujo en el mundo de la brujería. Esta pasó a ser su amante. Ambas se adentraron en el mundo de la magia negra. Esto sucedía mientras su marido estaba luchando en tierras extrañas. Cuando regresaba ambas mujeres dejaban de rela-

cionarse. El lesbianismo era algo habitual en su familia. Su tía Karla Báthory la inició en orgías con mujeres. Karla presuntamente asesinó a cuatro maridos. No pudo hacer lo mismo con el último, pues la descubrió en el lecho con un amante. Mandó que una guarnición turca la violara y después le cortó el cuello.

Podemos decir que, mientras Ferec Nádasdy permanecía en el castillo de Cachtice, Erzábet Báthory era una mujer complaciente. Cuando se marchaba de nuevo a la guerra el desenfreno reinaba en el castillo de Cachtice. Ya por aquel entonces hubo algún asesinato, aunque nunca pudo demostrarse.

Cuando en 1604 falleció Ferec Nádasdy ya no tuvo que disimular. Llevó a cabo perversas fechorías auspiciadas por el Mal. Su marido la había iniciado en el arte de la tortura. A la condesa Báthory le gustaba torturar a sus sirvientes introduciéndoles finas agujas debajo de las uñas. También les entregaba llaves o monedas al rojo vivo para que se quemaran las manos. O las arrojaba desnudas a la nieve y les echaba agua fría. Algunas murieron congeladas. Le encantaba que estas se desnudaran ante ella. A algunas, por diversión, les quemaba los genitales con velas, carbones y hierros.

El marido de la condesa, Ferec Nádasdy, también era un personaje cruel. Era tristemente conocido por empalar a sus enemigos en el campo de batalla. El empalamiento, como sistema de ejecución, fue empleado en Rumanía durante el siglo XV. El mayor empalador de la historia fue Vlad Tepes. En un día llegó a empalar a 23.000 enemigos. Ferec Nádasdy cuando regresaba al castillo de Cachtice se entretenía torturando a los sirvientes. A ellas las desnudaba, las sacaba al exterior del castillo, eran cubiertas de miel y esperaba que las atacaran mosquitos y abejas.

¿Cómo empezó la condesa a interesarse por la sangre de las jóvenes? Cierta día una de sus sirvientas la estaba peinando. La condesa tenía el pelo bastante enredado y, con el cepillo, tiró demasiado fuerte haciéndole daño. La abofeteó con tal

fuerza que le reventó la nariz. Una vez descargada la furia se dio cuenta que sentía placer. Este aumentó cuando la sangre impactó en su cuerpo. Parece ser que le desaparecieron arrugas y manchas. Creyó que su piel rejuvenecía. Aquel efecto mágico cambió su concepción estética. Decidió, a partir de ese día, bañarse con la sangre de doncellas vírgenes. Por eso consultó a brujas y alquimistas. Estos le ratificaron que tenía razón. Le aseguraron que la sangre humana de una doncella virgen la mantendría joven. Acto seguido su mayordomo Thorko y su ama de llaves Dorottyá desnudaron a una joven, le practicaron un profundo corte en el cuello y dejaron que se desangrara en una bañera. La condesa Báthory se bañó y bebió de ella. Sintió rejuvenecer.

Esa sensación hizo que, de 1604 a 1610, como hemos dicho anteriormente, supuestamente fueran asesinadas 650 doncellas vírgenes. Organizó una infraestructura para conseguir tan preciado tesoro. Sus criados recorrían toda la región que dominaba el castillo de Cachtice para secuestrarlas. En ocasiones era Erzábet Báthory quien las convencía para que fueran a su castillo como criadas. Teniendo en cuenta su poder era un honor para las familias que sus hijas trabajaran para ella. Desconocían el trágico final que les esperaba. Al llegar al castillo eran encerradas en mazmorras y allí esperaban su siniestro final.

Se cuenta que, en cierta ocasión, estando la condesa enferma, pidió que le trajeran a una joven para que le hiciera compañía. Estaba aburrida y necesitaba distracción. Al cerrar la puerta la doncella fue atacada por la condesa. Se abalanzó sobre ella y le mordió en la mejilla, le arrancó un trozo de hombro y le clavó los dientes en un pecho. El éxtasis fue completo.

La voracidad de la condesa supuso que tuvieran un serio problema con los cadáveres. De una forma u otra tenían que hacerlos desaparecer. ¿Cómo? Al principio los escondían debajo de las camas. Con el paso de los días el hedor era inso-

portable. Uno de los criados expuso una idea. Ya que las doncellas eran de la zona, se podían abandonar los cadáveres en un campo cercano. Así los vecinos les darían sepultura. Era la forma más sencilla de acabar con un problema. Y así lo hicieron. Sin embargo, teniendo en cuenta que las doncellas aparecían sin una gota de sangre en sus cuerpos, empezaron a circular rumores vinculados con los vampiros.

Para que estos circulen siempre tiene que haber un instigador. En este caso fue Istvan Magyari, un pastor protestante que vivía en esos contornos. Se dedicó a explicar que la condesa practicaba magia roja. Al poco tiempo calló —posiblemente gracias a algún soborno— y dio sepultura a todas las doncellas que aparecían muertas. El temor de la gente, las presiones y el incremento de cadáveres hizo que dudara sobre la conveniencia de proteger a la condesa. Decidió ir a ver. Su voluntad no era reprenderla, sino descubrir el porqué de tantas muertes. El pastor no sacó nada en claro. Al contrario, recibió la amenaza de la condesa de asesinarlo si no callaba. Así lo hizo. Con el paso del tiempo se convirtió en el azote de los Báthory. Después de aquella reunión no aparecieron más cadáveres. Los criados de la condesa empezaron a enterrarlos en lugares apartados.

La prepotencia y la superioridad de su clase social hizo que cometiera muchos errores. Y el mayor fue utilizar su poder para atraer a Cachtice a niñas y adolescentes de buenas familias. La excusa era educarlas. Lo que buscaba la condesa Báthory era que fueran jóvenes y sanas. Por circunstancias que nadie pudo aclarar empezaron a morir. ¿Por qué cometió este error? La convenció Erzi Majorova, viuda de un granjero que se convirtió en su amante. Esta le dijo que no pasaría nada, que nadie se preocuparía por aquellas muertes. Se equivocó. Tiempo antes una bruja llamada Darvulia le había prevenido sobre ello. Darvulia le advirtió que nunca utilizara hijas de la nobleza.

En aquellos tiempos la vida de un campesino no tenía valor. Los cuerpos abandonados de las jóvenes aterrorizaban

al pueblo, pero poco más. Nadie investigó aquellas muertes, pues no importaban. No ocurría lo mismo con las jóvenes de la nobleza. Esas vidas sí tenían valor y no podían quedar impunes sus muertes. Y es en este punto donde vuelve a aparecer el pastor Istvan Magyari. Fue a ver al rey Mátyás II de Habsburgo y le contó todo lo que sabía. El rey se estremeció. Tenía que acabar con todo aquello, pero ¿cómo hacerlo?

La condesa, como miembro de la familia Báthory, era extremadamente rica, mucho más que el rey habsburgo. Culparla de brujería le permitiría quedarse con todos sus bienes y adquirir un gran poder económico. Hizo ver que se preocupaba por la muerte de esas doncellas, aunque su verdadero interés era hacerse rico. Por eso le pidió al conde Thurzó que investigara la vida de Erzábet Báthory. El conde, antiguo amante de la condesa, conocía perfectamente las intenciones del rey. No permitiría que Mátyás II de Habsburgo se hiciera con las propiedades familiares de los Báthory. Por eso urdió un plan. No se podía juzgar a la condesa teniendo en cuenta su poder y categoría social. Todo lo contrario pasaba con los criados. El conde Thurzó se encargaría de juzgarlos y ajusticiarlos. De esta manera la condesa quedaría exculpada y las propiedades no pasarían a manos del rey.

El conde György Thurzó, con sus hombres, llegaron al castillo de Cachtice el 30 de diciembre de 1610. Ahí se encontró a un criado enganchado a un cepo, agónico y con los huesos de la cadera rotos. Al ser una práctica común de la época, para castigar a los criados rebeldes, no le dio importancia. En uno de los salones había una joven desangrada. Cerca de ella encontró otra, aún viva, con todo el cuerpo agujereado. La habían torturado en la doncella de hierro —un sarcófago forrado en su interior de pinchos de hierro—. En las mazmorras encontró una docena de jóvenes. Sus cuerpos presentaban señales de haber sido perforados y cortados. En los subterráneos del castillo exhumaron cincuenta cadáveres. Por todas partes había

manchas de sangre y el castillo olía a podredumbre. No había duda de que ahí se habían cometido atroces asesinatos. El conde Thurzó descubrió el diario personal de Erzébet Báthory. En él se especificaba, día a día, cuantas jóvenes habían sido asesinadas.

El juicio se inició el 7 de enero de 1611 en la ciudad de Bitse. El tribunal estaba encabezado por el juez de la Corte Suprema Real, Teodosio Symiensis de Szulo. La condesa Báthory se negó a presentarse al juicio, porque su sangre noble le permitía excluir su aparición en ese tipo de procesos. No pasó lo mismo con sus criados. Fueron juzgados el mayordomo János Ujváry; las doncellas Illona Jo, Dorottya Szentes, Piroska; el criado János Ficzkó, conocido como el enano; la amante Ersia Majorovna y la joven Katalin Beneczky. El mayordomo Ujváry declaró que delante de él se había asesinado a treinta y siete doncellas vírgenes. De ellas había contratado a seis para trabajar en el castillo. La edad de las jóvenes oscilaba entre los doce y los veintiséis años. Oídos los testimonios, todos fueron declarados culpables. A Ujváry lo decapitaron y arrojaron su cuerpo a la hoguera. Ficzkó, al ser un adolescente en el momento de su arresto, fue decapitado y no lo quemaron en la hoguera. A las criadas —declaradas por el tribunal como brujas— Dorottya, Ilona y Piroska les arrancaron los dedos con tenazas al rojo vivo —por haberlos empañado en sangre de cristianos— y las quemaron vivas. Ersia Majorovna, amante de la condesa, fue ejecutada. La joven Katalin Beneczky se responsabilizaba de deshacerse de los cuerpos y limpiarlos después de haber sido torturados. Fue sentenciada a cadena perpetua, pero la liberaron al cabo de unos años.

El conde Thurzó se salió con la suya. Erzébet Báthory no fue acusada de brujería y sus posesiones no pasaron a Mátyás II de Habsburgo. El rey la declaró demente y la condenó a ser emparedada en su castillo. ¿Por qué la condesa Báthory no fue condenada por brujería? ¿Tanto poder tenía el conde György Thurzó?

Estudios históricos han intentado dilucidar la verdad sobre aquel juicio. Estos han llegado a la teoría de que el proceso judicial tenía como fin ocultar los entresijos secretos que había pactado Erzébet Bathory con su primo Gabor Báthory de Somlyó, príncipe de Transilvania (1608-1613). Ambos habían trazado un plan para derrocar a Mátyás II. Gabor había llegado al poder gracias al apoyo económico de Erzébet. Al ser nombrado príncipe inició una guerra contra el Sacro Imperio Romano Germánico. Esto hizo que los Habsburgo se enemistaran con los Báthory. El juicio fue una excusa para vengarse de ellos.

La condesa Báthory testamentó el 31 de julio de 1614. Dividió sus posesiones en partes iguales entre sus hijos. Erzébet Báthory falleció el 21 de agosto de 1614, a los cincuenta y cuatro años. Sus hijos quisieron enterrarla en la iglesia de Cachtice, pero el pueblo se opuso. No deseaban que un ser tan cruel y malvado reposara entre ellos. Se la llevaron a Ecsed, al noroeste de Hungría, origen de los Báthory. Durante los funerales el párroco de esa población afirmó: «Es la mujer más hermosa que mis ojos hayan visto». En 1616 los hijos de la condesa fueron acusados de traición por el apoyo que había prestado su madre en la lucha contra los alemanes. La leyenda de la Condesa Sangrienta fue alimentada, por primera vez, por el jesuita László Turóczi, quien, en 1729, publicó *Trágica Historia*, en la cual examinaba la figura de Erzébet Báthory como protestante. En una época en la cual el cristianismo dominaba Hungría, el protestantismo de la condesa fue relacionado con la santería, el lesbianismo y la perversión sexual. La cifra de 650 víctimas es obra de Michael Wagner, quien lo afirmó en un escrito publicado en 1865.

ANÁLISIS PSICOLÓGICO

El interés y la fascinación por la sangre, y por su ingesta, no es algo que solo hayamos podido encontrar en la literatura clásica. Los primeros relatos sobre personas bebedoras de sangre surgieron en el siglo XVIII y desde entonces, muchas han sido las historias que se han escrito y llevado al cine con gran pluralidad de argumentos que giran en torno al eje central del vampirismo. Pero detrás de este mito, existe una historia real de personas, los «sanguinarios», que incluyen la sangre en su dieta. Estas personas tienen la firme convicción de que necesitan consumir sangre para mantenerse sanos, y es por ello por lo que recurren a donantes —o «cisnes negros», como se autodenominan en ocasiones— que les facilitan el fluido tan deseado.

A pesar de que no se sabe con certeza cuántos consumidores de sangre existen hoy en día, se estima que solo en EUA viven al menos 5000 sanguinarios que practican esta extraña y, socialmente rechazada, práctica. En este estilo de vida, la sangre llega a tomar un significado casi místico, como símbolo de vida o poder, y, como tal, una experiencia de bienestar y salud. Pero la ingesta de sangre como estilo de vida saludable y curativo no es algo de nuestra sociedad actual, sino que se remonta a los siglos XVI y XVII cuando muchas personas —especialmente cleros, nobles y médicos— ingerían sangre

para tratar afecciones como dolores de cabeza, epilepsia u otras enfermedades. Tenemos relatos históricos en los que la sangre se describe como un elemento vigorizador y revitalizante, fuente de salud y bienestar, que contribuía a alargar la vida, especialmente si se bebía directamente del cuerpo de una persona joven. Con el paso de los años y la evolución de las ciencias médicas, este tipo de práctica fue desapareciendo con la introducción de nuevas formas de tratamiento que nada tienen que ver con la ingesta de sangre.

No obstante, y a pesar del rechazo de esta práctica por parte del colectivo médico, algunos grupos y asociaciones, autodenominados «sanguinarios médicos», lo adoptaron como estilo de vida saludable, alegando necesitar consumir sangre por motivos de vitalidad y salud. Estas personas llegan a confesar que cuando han intentado eliminar el consumo de sangre de sus dietas, se han sentido débiles, entumecidos y enfermos físicamente. Hasta qué punto este malestar ante la ausencia de sangre es algo real o somático, con una base psicológica o con una adicción en la trastienda, hoy en día no se puede explicar debido a la falta de estudios e investigaciones sobre este tipo de práctica.

Pero lejos de esta práctica adoptada como forma de vida saludable, hallamos un vampirismo más retorcido y patológico, que no debemos confundir con las comunidades que defienden la ingesta de sangre como fuente de salud. En algunas ocasiones, beber sangre humana esconde un fetichismo erótico y sexual más de tipo parafilico en el que la sangre es el fetiche que despierta un intenso deseo. En este comportamiento desviado, el sujeto halla el placer y el éxtasis sexual mediante las fantasías y prácticas en las que el oro rojo es el protagonista, y en las que puede llegar a vincularse el placer con el sufrimiento ajeno. De algún modo, el sujeto vincula todo tipo de rituales con la sangre, incluida la ingesta, al deleite y a la excitación sexual. Las personas que presentan este tipo de comportamiento afirman

que la sangre es una necesidad imprescindible para alcanzar no solo la subsistencia propia, sino el placer y excitación que no logran mediante otras vías.

Esta forma de desviación la publicó por primera vez Herschel Prins, en 1985 y, posteriormente en 1992 por Richard Noll, quien describió esta condición clínica y la denominó como síndrome de Renfield. No obstante, y a pesar del recorrido que ha tenido este tipo de prácticas a lo largo de los años, hay que mencionar que este síndrome no es una categoría aceptada oficialmente por la comunidad científica y médica de ninguna parte del mundo, no siendo incluido en el DSM-5 —Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales— de la American Psychiatric Association, ni tampoco en el CIE-10 —Clasificación Internacional de Enfermedades— de la Organización Mundial de la Salud.

Muchos especialistas en salud mental coinciden en que este tipo de comportamiento está vinculado, en muchas ocasiones, al sadismo, el cual impulsa a dañar y agredir a terceros buscando el placer y la excitación que no se alcanza mediante otro tipo de conductas sexuales más ordinarias. En esta práctica, la sangre constituiría el estímulo disparador de la excitación sexual, y en algunos casos más aberrantes, también se incluirían las formas y medios violentos de cómo se consigue dicha sangre, En el caso de la condesa Báthory, observamos como, más allá de su convencimiento de que la sangre le otorgaría la juventud eterna, esta experimentaba el mayor de los placeres al observar cómo sus sirvientes torturaban y practicaban todo tipo de mutilaciones y sacrificios a sus víctimas, llegando a experimentar orgasmos intensos hasta quedar inconsciente durante estas orgías sangrientas.

Es más, la mayoría de los psicólogos y psiquiatras que han estudiado el vampirismo sugieren que esta necesidad y deseo por beber sangre, así como el placer que se experimenta al hacerlo, podría estar relacionado con algún tipo de trastorno

mental. Los investigadores han asociado esta forma de comportamiento con una esquizofrenia paranoide, como vimos en el caso de Richard Trenton Chase, quien se creía un vampiro real o el barón Roman von Ungern-Sternberg quien creía ser la reencarnación del dios Mahakala. Especialistas en salud mental también han podido asociar este vampirismo a un trastorno disociativo, conocido comúnmente como personalidad múltiple, que consistiría en la aparición alterna de dos o más identidades o alter ego. ¿Podría haber sido este el caso de la condesa Báthory? ¿Nos hallamos nuevamente ante una persona con un trastorno psicótico gobernado por el delirio de conseguir la belleza y la juventud eterna mediante la ingesta de sangre humana? Tal vez eso podría explicar su necesidad casi imperiosa de beber y bañarse en sangre, pero el lado perverso, sádico y brutal con el que torturaba y mutilaba a sus víctimas va más allá de cualquier delirio o estilo de vida en el que pueda adoptarse la sangre como fuente de vitalidad y salud. La violencia, crueldad y ensañamiento de la condesa con sus víctimas inocentes no formarían parte de un trastorno del espectro psicótico, sino más bien, de una personalidad sádica e inhumana.

Así, más allá de sus convicciones respecto al poder revitalizante de la sangre y su uso como tratamiento de belleza y juventud eterna, los comportamientos depravados y el lado salvaje con el que torturaba, mutilaba y vejaba a sus víctimas responden más a una personalidad fría, sádica y perversa, que a un trastorno mental como puede ser una psicosis. La naturaleza cruel de sus comportamientos, la precisión con la que llevaba a cabo sus asesinatos y el hecho de que escondiera los cadáveres para impedir dejar rastro, nos conducen a pensar que la condesa era plenamente consciente de la atrocidad de sus actos criminales. Incluso llegó a esconder y adaptar las estancias en las que realizaba tales barbaridades con el fin de evitar que se oyeran los gritos de sus víctimas. Esta forma de actuar, premeditada y elaborada responde más a una persona-

lidad fría y calculadora que a la mente perturbada de una asesina enferma mental, quien mantiene una conducta criminal más desorganizada y caótica, sin la planificación y deliberación del parricida psicópata.

Del mismo modo, destaca la capacidad de seducción y manipulación de la que gozaba. Ciertamente es que sus estatus y posición social facilitaban que todo el mundo la obedeciera y respondiera a sus órdenes. No obstante, sorprende su capacidad para hacer que sus víctimas confiaran en ella a pesar de la fama que empezaba a extenderse por el territorio, y especialmente, la capacidad de incluir y arrastrar a sus sirvientes para sucumbir a sus impulsos más sádicos y aberrantes. Llegando incluso a tener la iniciativa de proponerle a la condesa nuevas formas para matar y esconder los cuerpos. Esta capacidad de manipulación y convicción la hemos visto con anterioridad en el caso de muchos psicópatas sexuales y sádicos como Albert Fish que lograba que sus víctimas se adentraran con él en el bosque, o Henry Lee Lucas quien conseguía que inocentes subieran en el coche de un desconocido en plena autopista. También debemos mencionar que, como sucede en muchos otros de los casos de asesinos seriales comentados, Báthory mantenía una doble vida, puesto que cuando no sucumbía a sus deseos sangrientos de torturas, vejaciones y mutilaciones, ejercía de madre y esposa dulce y ejemplar, cariñosa con sus niños y encantadora con su esposo.

Y finalmente, la falta de remordimiento y culpa por sus acciones, la falta de empatía con sus víctimas jóvenes, así como el no entender el porqué de ser juzgada y condenada nos recuerdan mucho a los asesinos en serie que lejos de sentirse culpables se enorgullecen de sus acciones delictivas. Fueron precisamente esta aparente carencia emocional de la condesa Báthory, su sentimiento de superioridad, su necesidad de poder y su extraño sentido de invulnerabilidad y omnipotencia los que, como ha sucedido con muchos otros criminales, probablemente condu-

jeron a la condesa Báthory a cometer actos más irracionales y estúpidos que supusieron su encarcelamiento y fin.

Por otro lado, recordemos que, según narran los documentos históricos, probablemente la condesa Báthory, como sucedió en el caso de Sörgel, sufría de epilepsia, una de las dolencias tratadas por los curanderos de aquel entonces mediante la ingesta de sangre. ¿Pudo ser ese el desencadenante de la pasión de la condesa Báthory por beber sangre? ¿Pudo iniciarse en el vampirismo como forma de tratamiento de la enfermedad y posteriormente adquirir una forma más páfida y cruel en las formas de cómo obtenía la sangre? En caso de ser así, ¿qué impulsó a la condesa Báthory a adentrarse en ese mundo de torturas y vejaciones que la hicieron pasar a la historia como la Condesa Sangrienta? Estudiando su forma de actuar, y teniendo en cuenta la época en la que vivió, podemos pensar que fueron la peligrosa combinación de esa personalidad sádica y agresiva, la ferviente convicción de los poderes mágicos de la sangre y la cultura popular en la que la tortura estaba a la orden del día las que condujeron a la condesa Báthory a realizar tales atrocidades.

Sorprende, en el caso de la condesa Báthory, la crueldad con la que asesinaba a sus víctimas, más propia de criminales varones que de asesinas mujeres, quienes tienden a buscar formas de matar más sutiles y menos agresivas, como con la muerte por envenenamiento. Sin embargo, lejos de cometer asesinatos que pudieran pasar desapercibidos, mataba y asesinaba de las formas más crueles y despiadadas que pudieran imaginarse, disfrutando con ello y experimentando placer con las torturas más retorcidas.

No podemos ignorar que Erzébet Báthory fue una noble del siglo XVI por lo que sus comportamientos y creencias deben enmarcarse en una sociedad en la que la brujería, los rituales y la tortura como forma de castigo formaban parte de la cultura popular. Así, debe tenerse en cuenta que, a pesar de que

podemos relacionar a Báthory con la condición de psicópata, dadas sus perversiones sádicas y sexuales con el sufrimiento ajeno, los diagnósticos relacionados con la personalidad deben siempre enmarcarse en un contexto social y temporal concreto puesto que son consideradas desviaciones en los comportamientos, emociones y formas de pensamiento que se apartan de lo que se considera habitual en la cultura del individuo.

Otra cuestión que no podemos pasar por alto es la influencia que pudo tener su familia en el desarrollo de la brutal personalidad de la condesa. A diferencia de muchos asesinos que hemos visto, Báthory no provenía de una familia desestructurada y humilde, sino que pertenecía a la alta sociedad húngara, estatus que pudo facilitar que ejerciera su poder sobre la plebe y que creciera viendo el castigo severo como algo normal. Además, entre sus antepasados, encontramos una tía que destacó por participar en orgías sexuales con mujeres y por matar a sus maridos, y a varios miembros de la familia que ya mostraron interés por la sangre y los rituales de brujería. No es difícil pensar que, probablemente, el ambiente en el que se crio, donde la sangre y la tortura de sirvientes era algo habitual, pudo condicionar y contribuir de alguna manera al nacimiento de esa personalidad sádica que la caracterizó, y al desarrollo de su sangrienta trayectoria de violencia y asesinatos.

Como hemos visto, no todos los vampiros llevan una vida de crímenes y asesinatos, sino que, incluso hoy en día, un amplio colectivo de sangrientos son capaces de conciliar su vida vampírica con un funcionamiento totalmente integrado en nuestra sociedad. Pero por alguna extraña razón que aún desconocemos, probablemente relacionada con una personalidad psicopática de base, algunos de ellos sucumben a la violencia y matanza para hacerse con la sangre de sus víctimas. Hemos visto que, en muchos casos, este paso hacia su carrera criminal se inicia matando y alimentándose de animales, como vimos en Richard Trenton Chase, Eusebius Pieydagnelle o Antoine

Léger, para posteriormente continuar asesinando y bebiendo la sangre de los humanos. Qué desata ese cambio en su dieta y en sus víctimas, o lo que es lo mismo, en qué momento uno decide dejar de matar animales para continuar con personas, sigue siendo un misterio para los investigadores hoy en día.

Tampoco debemos confundir los individuos que matan con el objetivo de conseguir la sangre para alimentarse donde la sangre es el objeto principal para sucumbir al mayor de los placeres, de los sujetos que beben la sangre o se alimentan de las vísceras de los cadáveres como forma de culminar su dominio y poder sobre sus víctimas, como sucedía en el caso de Andrei Chikatilo u Ottis Elwood. En estos últimos, el beber la sangre constituiría la culminación del placer de matar y torturar, mientras que en otros casos el crimen, por placentero que resultara, sería únicamente una vía para la obtención del fluido rojo.

De todos los casos que aparecen en este libro, y en muchos otros que existen o han existido en la historia del vampirismo, debemos plantearnos cuáles de ellos podrían esconder una base psicótica cargada de ideación delirante relacionada con la sangre; cuáles presentarían algún tipo de malformación o dolencia cerebral que pudiera explicar este tipo de comportamientos aberrantes, y en cuáles nos hallaríamos simplemente ante sádicos sedientos de la sangre y sufrimiento ajenos que les hicieran experimentar el mayor de los placeres sexuales.

A pesar de que, hoy en día, esta fascinación de algunas personas por la sangre y todo lo relacionado con ella aún suscita mucho interés por parte de los investigadores, no ha logrado alcanzarse un consenso respecto a las motivaciones y causas que expliquen esta necesidad y que nos permitan comprender el porqué de estos comportamientos. No obstante, es evidente que los sangrientos, vampiros y amantes de la sangre han existido a lo largo de los siglos, y seguirán existiendo en nuestra sociedad del mundo moderno.